

Desapareció un cubano invisible

SI USTEDES LE HUBIERAN PREGUNTADO QUE CÓMO NOS podíamos enterar de su existencia, os habría respondido que detectando *sus huellas en la página, única nieve que le pertenece y única, también, a la que estaba destinado*.¹ Esta explicación basta para darnos a entender que se trataba de un ser obsesionado con la literatura, un impenitente grafómano, que lo mismo se apasionaba con la poesía y el ensayo que con el periodismo; no en balde había ejercitado su pluma en todos los terrenos. Se nombraba Julio E. Miranda, y a punto de instalarse el otoño de 1998, como una hoja seca cayó de súbito y de bruces sobre una calle de la venezolana Mérida, en su trópico querido. A lo largo de sus 53 años había publicado 4 libros de crítica literaria, otros 7 sobre cine, 5 antologías, 12 poemarios, 3 libros de cuentos y una novela corta. Sentía encontrarse en su plenitud creativa, pero los problemas para publicar contracorriente le abrumaban: dejó 10 textos inéditos, entre ellos 2 novelas.

Su obra más ingente está constituida por incontables artículos en revistas de 10 países (incluyendo *Encuentro*), pero no es tanto la calidad de su prolífica labor literaria la que le otorga especial interés para nosotros, sino su afán de continuar siendo existencialmente cubano, a pesar de que desde 1961 no pisaba la isla, debatiéndose contra esas trabas con las que lastimosamente hemos tenido que convivir todos los que por el motivo que sea abandonamos nuestras raíces geográficas: el drama de *ser extranjero, y para más inri, cubano*. Sabemos por experiencia que *hay leyes y leyes, y cubanos y los otros*. Internacionalista vital e ideológico, vivió bajo el signo de la coherencia, trasladando de país en país sus escasas pertenencias, que cabían en un par de baúles; reiniciando una y otra vez su tarea: *inventar*

¹ Todas las frases en cursiva están extraídas de la obra de Julio E. Miranda.

cada mes de qué saldrá la plata el siguiente. Enemigo de todo tipo de dogma y poder, se fue construyendo como uno de sus personajes, a golpe de ingenio y esfuerzo, sobre el filo de la navaja de la Historia.

Sin tener terminados los estudios de bachillerato, ejerció como profesor en las universidades de Salerno (Italia), Granada (España), Caracas y Mérida (Venezuela). Siendo animador-productor radiofónico en la Radiotelevisión Belga, durante 3 años se involucró como redactor de la agencia de prensa alternativa «Libération», tratando de difundir esas noticias críticas que los gobiernos detestan. Para no alargar el recuento de sus actividades, mencionemos que fue jefe de redacción en varias revistas literarias de ilusionada y efímera vida, y que una de sus ocupaciones más tediosas y a menudo infructuosas, fue la de luchar contra los editores para cobrar los derechos de autor.

Ahora bien, ¿por qué se consideraba «invisible»? Según decía, *no es opción, sino reconocimiento. Algo ni siquiera muy pensado, salvo cuando me hacen preguntas: —¿Tú eres un cubano? —No, yo soy dos cubanos. Que era, en realidad, yo soy medio cubano, o acaso la tercera o la cuarta parte, una cubanidad que disminuye (¿o se concentra?) pero también que se exagera, se mitifica, se objetiva en absurdos como conservar nacionalidad y pasaporte para ser detenido, registrado, fotografiado, fotocopiado, interrogado y alguna vez deportado en fronteras que se electrizan ante la llegada del cubano.* Los que hemos viajado por libre durante las décadas de los 60-70, recordaremos que en los países occidentales nos trataban como agitadores comunistas, mientras que en los países del Este nos tachaban de agentes de la CIA. No se entendía que un cubano en el exilio pudiera llevar adelante su propia causa, una lucha individual contra los autoritarismos.

Prosigue Julio: *Soy, entonces, cubano pero no sólo soy cubano. Fui funcionalmente español durante cinco o seis años; soy funcionalmente venezolano desde —o, más bien, durante— casi treinta. Y, al reinventarme narrador en 1988, escribí paralelamente una noveleta en cubano, un conjunto de cuentos en venezolano y un (esbozo) de novela en andaluz, más por necesidad que por programa: tenía que dar cuerpo a todas esas voces. Y, emotivamente, en ese acarreo de materiales (¿de derribo?) que voy siendo, hay plazas y calles y cafés de Bruselas —y obviamente, hombres y mujeres—, que se entrecruzan con otros de España, Italia, Portugal, Francia, etc. Porque tampoco se vive impunemente aquí o allá. Porque uno se reconoce acariciando imágenes —o identidades— y dice: ah, yo he sido eso, y eso, y eso. Uno va siendo, entonces, venezolano, español, cubano, sin ser del todo ninguna de esas calificaciones pero también sin dejar de ser alguna de ellas.*

Para comprender mejor su atormentado conflicto interno, repasemos algunos de los episodios de la biografía del poeta Miranda. Había nacido en 1945 en La Habana. Tras un breve paso por Miami, en 1962 aterrizó en la sombría España del dictador Franco, con la intención de convertirse en fraile dominico, pero en vez de filosofar y entonar salmos, ayudó a introducir la poesía *beat* norteamericana, que fue acogida como revulsivo respecto a la cultura oficial. Colgados los pulcros hábitos, malvivió como un bohemio valleinclanescos, dando recitales poéticos a cambio de un plato de guiso y durmiendo en un armario (más bien se trataba de que el armario guardaba la cama plegable

que se extendía de noche en el pasillo, en una pensión de Madrid para estudiantes pobres). La bohemia le pasó factura, y cayó enfermo de neumonía y anemia en un hospital de beneficencia. Apenas recuperado, a finales de 1966 salió a la carretera del Norte de Madrid a «pedir botella», y tres nevados días después pisaba París, con un maletín que contenía ropa regalada de segunda mano. Ese iniciático viaje lo efectuamos juntos, y soy testigo de la alegría que le embargó al respirar el aire de la Ville-Lumière, donde las parejas se besaban libremente. Teníamos 20 años, y París bullía, aunque *no era una fiesta. Era, sencillamente, el centro del (tercer) mundo; la olla podrida de cuanta disidencia, divergencia, disgregancia, desquicio, dislate hubiera parido alguien alguna vez en alguna parte; era unos enormes cinemateca, museo y biblioteca; una manifestación enormísima, con aquellas banderas rojas al frente. Mezclados con los militantes de ultraizquierda franceses, protestamos contra el imperialismo yanqui, coreando la consigna del Che de «crear dos, tres Vietnams».*

En la Cité Internationale de la Universidad de París funcionaba la Maison de Cuba, residencia para estudiantes cubanos muy barata, y allí coincidimos un grupo que había llegado a través de diferentes itinerarios y propósitos, compartiendo una rebeldía generacional, en sintonía con gente de espíritu revolucionario y crítico en la isla. Prácticamente huérfanos, deseosos de mantener otro tipo de relaciones humanas, creamos nuestra nueva familia: la comuna. Esta intensa vivencia colectiva, mientras participábamos en la gestación del «Mayo del 68», veinte años después fue convertida en crónica por Miranda, en una breve novela que podría incluirse entre las joyas testimoniales de la literatura cubana de la diáspora: «Casa de Cuba» (Ed. Alfadil, Caracas, 1990). Esta residencia resultó ser un microcosmos bastante representativo de la realidad cubana. El comienzo de la novela nos sitúa en la planta en la que convivíamos: *Aquel pasillo separaba dos mundos. Tres, más bien. A la derecha hervía la gusanera. A la izquierda, los becarios del régimen. Al fondo, entre la cocina y los baños, entre dos aguas sucias, la comuna. Disidente. El pasillo era como el Muro de la Vergüenza, en hueco. Una alambrada de aire espeso y turbio, incluso en invierno. Un (mal) aliento. Nadie cambiaba de bando.* La comuna tenía sed de aprender, y prefería la pobreza material a cambio del suficiente tiempo libre como para absorber todo lo que París brindaba. Casi sin dinero, ganado en extraños trabajos temporales, se iba a pie de uno a otro confín de la urbe, y se «recuperaban» alimentos en los supermercados. Estábamos en contra del Orden, tanto capitalista como soviético, y nuestro conflicto se producía con ambos bandos. Como dice uno de los personajes (reales), un pintor que había defendido Playa Girón contra los mercenarios: *¡Nadie me va a decir: no pintes eso, pinta lo otro, ponte pacá, ahora ponte pallá! ¡Nadie! Además, ¿te lo dice el pueblo? ¡Qué coño te lo va a decir el pueblo! Te lo dice un jodido burócrata, un incapaz, un trepador, ése es quien te lo dice. ¡Pinga!* Unos nos compadecían como ilusos compañeros de viaje, y los otros, nos calificaban de lumpen no fiable. *Todavía no había ocurrido el caso Padilla: éramos viles exiliados, más sospechosos aún por no reptar gusanamente.* A pesar de estar en esta «tierra de nadie», cuando la revolución del mayo francés fue derrotada (entre otras causas por la traición de los comunistas,

camaleones del viejo orden) algunos de la comuna pedimos permiso para regresar a Cuba, creyendo que allí estaba surgiendo con dolor el «hombre nuevo». A Miranda, *el Pancho K. de turno respondió que «no era imposible»*. A otros, «su puesto está en Europa, compañero». La descripción poética de nuestra relación con la Cuba oficial podría ser que *estábamos la revolución y unos amigos conversando / entonces la revolución se levantó y se fue / mis amigos acabaron sus vasos / se levantaron y se fueron / yo acabé mi vaso / mi vaso se levantó y se fue / luego escribí muchos poemas / muchos*.

Durante su estancia en la auténtica «Casa de Cuba», nuestro autor se dedicó casi compulsivamente a estudiar la producción literaria de la isla, lo que abocaría en varias publicaciones: una antología sobre «Joven poesía cubana» (revista *Claraboya*, Madrid, 1968), otra sobre *Nuevo cuento cubano* (Ed. Fuentes, Caracas, 1969), así como el brillante libro *Nueva literatura cubana* (Taurus, Madrid, 1971). Si unimos esta faceta de su trabajo con la edición de una antología de textos periodísticos de José Martí (*Con los pobres de la tierra*, Bibl. Aya-cucho, Caracas, 1991), tenemos plasmada una intensa relación con su lugar de origen, *pero como cubano invisible, puesto que ni del todo cubano ni del todo extranjero; o mejor: Sabes que no hay exilio / cuando todo es exilio / ¿por qué dices entonces: / sería bueno tener un país? / porque sería bueno tener un país / cuando nada fuera exilio*. De hecho, el paisaje que asoma en sus libros son *colinas cubiertas de olivos, trenes que atraviesan llanuras nevadas, casas cavadas en montañas, bosques con osos y alces. La situación del poema, descrita cada vez, es una habitación —un contexto portátil— que se encuentra en Madrid, en Bruselas, en Caracas, en París, casi siempre con los mismos elementos. No soy, pues, un poeta cubano o, por lo menos, no hay nada temáticamente cubano en mi poesía. Pero sí hay cierto manejo del humor, cierta persistencia en el juego con las palabras, cierta irreverencia que son cubanos, aunque Cabrera Infante los haya rubricado con su nombre, para consumo boómi-co. Comparto ese «choteo barroco» que acuñé para la narrativa de Sarduy. Y lo comparto no sólo en la poesía sino también en la crítica. Siempre en el habla. Un habla sin acento, es decir, con varios. Se me cree, según el interlocutor, español o argentino, quizás chileno. Pronuncio el francés con acento belga. Sólo caricaturalmente hablo como cubano, pero no soy la caricatura de un cubano —ni de dos, ni de medio. En cualquier caso —admito varios— hay un sentido de patria dispersa que no se escoge sino se asume, al cabo de los años (36) vividos fuera del país natal, cuya realidad se difumina fatalmente y queda, además, del lado de la infancia. Afirmando de mí lo que sé de mí, puedo escribir que Cuba no es mi patria exclusiva, como no lo es tampoco mi infancia: no constituyen —si son dos realidades distintas— mi nostalgia, monopolizada por una plenitud imposible. Patria dispersa, pues, que comienza en mi cuerpo «de amor y de escritura» y que, como una telaraña, cubre partes del mundo deteniéndose aquí y allá, rodeando, tocando suavemente —para que no se desmoronen— los grumos de sentido que reconozco: gente que amo, trozos de ciudades, paisajes, algunos libros, films, cuadros, piezas musicales. Desde luego, también en esa patria dispersa hay elementos cubanos pero no conforman —pienso, no estoy seguro— una totalidad que envuelva a lo demás, sino que se integran en ese acarreo, en ese flujo, en ese curso o discurso: la patria dispersa es otra modalidad de lo barroco: una quincalla viva, un circo en espiral.*

Y yo, en el centro (vacío) nazco. Y muero. Y nazco. Y —ahora con mi hija al lado— me saco la lengua.

Testigo lúcido, quizás demasiado, de una revolución que se convirtió en maquillado cadáver; de la apropiación mediática y consiguiente banalización de las ideas transformadoras de Mayo del 68; de la cobardía de la sociedad que abandonó el ansia igualitaria por la posesión consumista (*Todos deseando que el hombre se callara / que lo mataran o no, pero que se callara / que lo liquidaran en otro lugar mucho más lejos*); de la soledad cotidiana de los intelectuales que no aceptan venderse ni participar de la política (*mi mujer busca un héroe debajo de la cama*); Julio Miranda se fue convirtiendo en sobreviviente, que si no pudo cambiar al mundo, al menos no dejó que éste le cambiara. Y la literatura se convirtió en una pasión absorbente (*escribir, como todo, es cuestión de vida o muerte*), que le llevaría a identificarse con el *retrato del artista como una joven máquina de escribir que escribe sola*. Pero que no siempre conseguía calmarlo, ya que *el poema es una trampa de sentido que captura nada. Yo he decidido no salvarme, porque ninguna salvación lo merece. Y me acuesto desnudo sobre mi navaja, para que sea ella quien decida*. Enemigo de toda solemnidad, a menudo le abatía la desesperanza, *evitando en lo posible el dudoso recurso de comparar mi vida / a un cigarrillo que arde inútilmente / porque el cigarrillo no arde inútilmente / y yo sí*. Si se preocupaba por encontrar el vacío del otro lado del espejo, *juego a mordirme la cara en el espejo*. Su espíritu divertido y el fulgor erótico de la naturaleza le salvaban.

Destacaron en él su nihilismo y su humor corrosivo (burlándose de todo y en primer lugar de sí mismo), así como la capacidad para mantener viva una red intercontinental de amistades: *pero mis amigos son irreprochables debo decirlo / caen borrachos de los tejados orinan / sobre sus poemas / se suicidan / o explican la poética de nicolás guillén / en las comisarías del país / esto y más hacen mis amigos / que son hermosos como locomotoras debo decirlo*. Constituían su verdadera patria dispersa, *pedazos de mi cuerpo / mis amigos no cesen / el simulacro que me salva. / Pero tampoco me dejen / morir el último*. Hasta que su derroche de energía síquica le consumió. *Escribí en mi diario: «entiérrenme en el aire / donde mueren los pájaros» / ¿me harán caso? Quizás no, pero al menos podemos grabar como epitafio su deseo culminado: Soy más mismo que entonces.*